



¡Cuando Juddy Moody se propone algo, nada puede detenerla! ¡No te pierdas estas divertidas aventuras del club RM!

¿Dónde estaría el mundo sin Judy Moody? Al estudiar el medio ambiente, Juddy Moody se entera de la destrucción de los bosques tropicales y de que hay especies en peligro de extinción, por no hablar de lo mal que recicla su familia la basura. Lomejor de todo es que, según el Sr. Todd, está en sus manos hacer algo por el planeta. ¡Judy Moody inicia la cruzada ecologista! Como siempre, Judy lleva las cosas hasta el extremo... Comienza el Proyecto Lápiz, pero ¿cómo terminará?



eBooks con estilo

Megan McDonald

Judy Moody Salva El Planeta

Judy Moody - 3

ePUB v1.0

Staky 22.08.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Judy Moody save the world!*

Megan McDonald, 2002

Traducción: Atalaire

Ilustraciones: Peter H. Reynolds

Diseño/retoque portada: Peter H. Reynolds

Editor original: Staky (v1.0)

ePub base v2.0

Para Richard
Megan McDonald

Para todos los bibliotecarios que creen que una buena historia
puede salvar el planeta
Peter H. Reynolds

Quién es Quién

Judy



La heroína y basuróloga, famosa por su humor cambiante.

Papá



El padre de Judy. Le gusta el café tropical.

Mamá



La madre de Judy. Tiene que aprender a reciclar.

Stink



El hermano pequeño de Judy. Loco por Ranita y los murciélagos.

Mouse



La gata de Judy. Aficionada a los plátanos.

Ranita



Mascota del club RM en peligro de extinción.

Rocky



El mejor amigo de Judy. Buscador de salamandras.

Sr. Todd



El profesor de Judy. Líder del ecosistema de Tercero.

Frank



Amigo de Judy y coleccionista de sellos. Sabe cosas sobre los moluscos.

Jessica



Compañera de clase de Judy. Fan de los cerdos y los lápices.

Concurso de Tiritas Locas

Judy no se proponía salvar el planeta. Se proponía ganar un concurso, un concurso de tiritas.

Abrió su maletín de médico. ¿Dónde estaba la caja de las tiritas? Sacó el martillito de los reflejos.

—Eh, ¿me dejas probar a mí? —preguntó Stink entrando en su habitación.

—¿Es que no sabes llamar a la puerta, Stink?

—Claro. ¿Hay alguien?

—Déjate de chistes. Un hermano pequeño debe hacer una cosa antes de entrar en el cuarto de su hermana mayor.

—¿Contar un chiste antes de entrar?

—Da igual.

—¿Qué da igual?

—¡Stink! Siéntate en la silla y cruza la pierna. Voy a comprobar tus reflejos.

—¡Por favor, Judy, no juegues a médicos conmigo!

—Vamos, Stink.

Judy dio unos golpes con el martillito en la rodilla de Stink. El pie salió disparado, dándole a ella una patada en la pierna.

—¡Eh, Stink! ¡Me has dado una patada! ¿Quién te crees que eres, un casuario?

—¿Un casu-qué?

—Un ca-sua-rio. Lo he aprendido en Ciencias. Es un ave del bosque tropical que no puede volar y da patadas a sus enemigos.

—Pues no soy un casu-como-se-llame. Sólo tengo buenos reflejos.

Judy fulminó a Stink con su terrible mirada de anaconda.

—Olvidalo —añadió mientras dejaba el martillo.

Stink rebuscó en el maletín de médico de Judy y sacó unas Tiritas Locas.

—¡Stink! Ya te he dicho que no me robes las Tiritas Locas. Tengo la caja vacía, han DESAPARECIDO. Y te he dicho que iba a ponerte el brazo en cabestrillo si no dejabas de robarme.

Stink no quería que volviera a ponerle el brazo en cabestrillo. Más que nada, porque no lo tenía roto.

—Dámela —dijo Judy, quitándole la caja—. Quiero ver lo del concurso.

—¿Qué concurso? ¿Qué hay que hacer?

Judy leyó la caja.

5.º Concurso «Tiritas Locas».

Crea tus propias Tiritas Locas.

Dibuja a lápiz, con ceras o rotuladores.

¡Piensa un motivo!

¡Atrévete! ¡Sé auténtico!

—¿O sea que podemos dibujar algo para ponerlo en las Tiritas Locas? —preguntó Stink—. ¿Cuál es el premio?

Judy siguió leyendo:

Se elegirán los trece mejores diseños.

Piensa que los chicos de todo el país van a llevar la Tiritita Loca que TÚ has

creado y dibujado.

—¿Nada más? —preguntó Stink.

—¡Fíjate! Yo, Judy Moody, podría tener mi propia Tiritita Loca.

—Tiene que haber algún premio —dijo Stink quitándole la caja a Judy.

—Piénsalo. Rodillas, tobillos y codos por todas partes con un diseño original de Judy Moody. Ni siquiera Elizabeth Blackwell, la primera mujer médica de Estados Unidos, tuvo su propia Tiritita Loca.

—Ya empezamos... Antes de que te hagas famosa, ¿puedo utilizar tus rotuladores?

—¿Para qué?

—Yo también quiero dibujar una Tiritita Loca. Aquí pone que el Gran Premio son unos patines en línea.

—¡Patines en línea! Déjame verlo.

Primer premio: Patines en línea Tiritita Loca del Año

y un año con tu dibujo en las Tiritas Locas.

Finalistas: Gafas de sol Tiritita Loca del Mes

y un mes con tu dibujo en las Tiritas Locas.

Todos los concursantes recibirán

un diploma por su participación.

—¡Ni lo sueñes, Stink! Sólo un chico en todo Estados Unidos se llevará los patines en línea.

—¿Y qué?

—Pues que mires los que ganaron el año pasado. Tienen diez años. Once. Incluso hay uno de trece. Un adolescente. Tú sólo tienes siete.

—Y tres meses.

—Tendrías que ser Picasso para que eligieran tu dibujo.

—¿Quién?

—Ya sabes, ese artista que pintó toda esa gente azul.

—Entonces déjame el rotulador azul.

Judy echó por el suelo todos los rotuladores, ceras, lápices de colores y pinturas que tenía. Stink tomó el primer rotulador azul que vio y se puso a dibujar.

—¿Qué estás dibujando?

—Murciélagos. Murciélagos azules.

—Tú sí que estás hecho un murciélago. A la gente no le gustan los murciélagos.

—Pues los murciélagos comen millones de insectos. A la gente deberían gustarle los murciélagos.

—Ya lo sé. Sólo digo que con unos murciélagos no vas a ganar a un chico mayor.

Stink siguió coloreando murciélagos.

—Esos murciélagos tienen las orejas muy grandes —comentó Judy.

—Son murciélagos orejados de Virginia.

—Ah.

Stink era un buen artista, pero Judy no creía que fuese un genio ni nada por el estilo. Ella soñaba, en cambio, con tener una idea digna de Picasso. Mejor que esos horribles murciélagos. Mejor que la de cualquier chico mayor. Quería que la Tirita Loca de Judy Moody se viera en todo el país, en todo el mundo, en todo el universo.

—Deja de hacer ruido, Stink —le pidió Judy.

—Son los rotuladores mágicos.

—¡No puedo pensar con tanto ruido!

Judy observó en la caja a los ganadores del año anterior. Había escarabajos, flores, balones de fútbol, arco iris y símbolos de la paz. Todos muy alegres. Judy trató de imaginar algo alegre que dibujar en su Tirita Loca.

Dibujó caras sonrientes. Caras sonrientes en amarillo, rojo, azul, verde y morado. Debajo escribió LAS TIRITAS LOCAS QUITAN EL MAL HUMOR.

—Todos dibujan caras sonrientes —dijo Stink.

—¿Quiénes?

—Heather Strong, la de mi clase. Y los mayores.

Stink tenía razón. Las caras sonrientes no servían para decorar tobillos de millones de personas, ni para ganar patines en línea. No eran un Picasso.

Judy dio la vuelta a su Tirita Loca. Las caras sonrientes se pusieron enfadadas.

—A nadie le gusta una Tirita Loca gruñona.

—¡Grrr!

—Les gusta que tengan mensaje —dijo Stink—. Pero no se me ocurre ninguno. —Pues pon LOCOS POR LAS TIRITAS.

—¡Es muy bueno! ¡Gracias!

Stink ya había terminado su Tirita Loca y a Judy no se le había ocurrido nada todavía. No le venía la inspiración.

—Vamos a echar esto al correo —propuso Stink.

¡Aire fresco! ¡Eso era! A lo mejor el cerebro de Judy necesitaba un poco de oxígeno.

Camino del buzón, Stink preguntó:

—¿Crees que ganaré?

—¿Te parezco una bola de cristal?

—¿Cuánto tardarán? —preguntó Stink al echar el sobre en el enorme buzón azul.

—Y yo qué sé.

Judy respiró hondo varias veces mientras volvía a casa.

—Pareces un pez de colores en un váter —se rió Stink.

Fue inútil. El aire fresco no le sirvió de nada, sólo le hizo parecer un pez en un váter.

La Tirita Loca de Stink ya estaba en el correo. ¿Y si ganaba Stink el concurso? ¿Y si a ella no se le ocurría nada de nada?

Judy Moody, se puso de mal humor.

Locos por las peladuras de plátano

A Judy no se le ocurrió una sola idea creativa para ganar el premio de las Tiritas Locas en todo el sábado y el domingo. El lunes por la mañana le habló del concurso a su mejor amigo, Rocky, en cuanto llegó a la parada del autobús.

—¡Ayúdame a encontrar una idea!

—Ya lo tengo. ¿Qué te parece una tiritita que desaparece? Te la pones en el brazo y, como es transparente, no se ve.

—¡Eso! ¡Una Tirita Loca que desaparece! ¡Muy bueno!

—¿Cómo vas a ganar el concurso si no se puede ver? —preguntó Stink.

—Es verdad —asintió Judy, pensativa—. Quiero que todo el mundo pueda ver la Tirita Loca de Judy Moody ganadora del Gran Premio.

* * *

En el colegio Judy se moría de ganas de preguntar a Frank Pearl si tenía alguna idea, pero ya había sonado el timbre y no podía arriesgarse a que le pusieran otra tarjeta blanca por hablar. Ya tuvo que quedarse una vez después de clase a limpiar la pecera con el señor Todd por tener tres tarjetas blancas. Con limpiarla una vez había tenido bastante.

Así que prefirió escribir una nota para dársela a Frank. Al final puso: «P.D. NO dejes que vea esto Jessica Finch».

—Atención, todos, toca Ciencias —dijo el señor Todd—. Vamos a seguir con el tema del medio ambiente. Están talando todos los bosques ecuatoriales. Cuando tomáis una medicina, botáis una pelota o explotáis un globo estáis utilizando cosas que vienen del bosque tropical. Aquí, en este país, los centros comerciales están sustituyendo a los árboles y los animales, y nos estamos quedando sin sitios donde echar tanta basura. Hoy vamos a ver algunas formas de contribuir a salvar la tierra. A veces es bueno empezar por cosas pequeñas. Pensad en formas de hacerlo en casa y en el colegio. ¿Alguna idea?

—No dejar la luz encendida —dijo Hailey.

—Reciclar el material de los deberes —contestó Frank.

—Y las latas y botellas y todo eso —propuso Leo.

—Convertir la basura en abono —añadió Rocky.

—Sí —asintió el señor Todd—. Eso se llama compostar.

Judy levantó la mano y la nota se le cayó al suelo.

—¡Plantar árboles!

—No tirar papeles al suelo —dijo Jessica Finch.

—No lo he tirado —contestó Judy mientras recogía la nota.

Tachó Finch en el papel y puso «Chinch». ¡Ufffff! Cuando a Jessica Finch le daba por chinchar, Judy se ponía de los nervios.

—¡Estupendo! —les felicitó el señor Todd—. Todas esas ideas son buenas. Mirad a vuestro alrededor, en casa, en el colegio, en el patio, no sólo durante la clase de Ciencias. ¿Cómo podemos ayudar al planeta? ¿Cómo podemos hacer que sea mejor el mundo que nos rodea? Todos podemos poner de nuestra parte. Basta con que una persona cambie de actitud.

¡Una persona! ¡Ella, Judy Moody, podía salvar el mundo!

Sabía por dónde empezar. Por una piel de plátano.

* * *

Esa tarde, al salir de clase, Judy preguntó a Rocky:

—Oye, ¿puedes venir a mi casa a comer plátanos?

—Claro. ¿Me puedo comer cuatro?

—¡Mejor! Es para compostar.

—¡Buena idea! Me los comeré sin rechistar.

Judy y Rocky se comieron cada uno un plátano y medio en la cocina. El cuarto plátano se lo dieron a Mouse, la gata de Judy. Después Judy echó las cuatro peladuras de plátano en un cubo.

—¿Por qué no hacemos un cartel para el cubo en el que ponga **CONVIERTE LA BASURA EN ABONO?** —propuso Rocky.

—¡Eso! Así mañana podremos decirle al señor Todd que hemos empezado a curar el mundo.

—Mola —dijo Rocky.

—Espera un poco. ¡Cómo no lo he pensado antes! ¡CURA EL MUNDO! ¡Eso es!

—¿Qué?

—La tiritita. Para el Concurso de Tiritas Locas. Ya verás.

Judy subió corriendo a su cuarto y volvió con papel y rotuladores. Rocky hizo un cartel para el cubo del compost en la mesa de la cocina, mientras Judy dibujaba una bola del mundo con una tiritita puesta. Escribió debajo **CURA EL MUNDO** con su mejor letra mayúscula. Después dibujó pieles de plátano alrededor.

Stink entró en la cocina.

—¿Qué estás dibujando? —le preguntó a su hermana.

—Cáscaras de plátano.

—Para el Concurso de las Tiritas Locas —le aclaró Rocky.

—¿Y tú decías que los murciélagos eran raros? Ni la mitad que las peladuras de plátano.

Miró el frutero vacío sobre la mesa.

—¡Eh! ¿Quién se ha comido todos los plátanos?

—¡Mouse! —contestó Judy.

Judy y Rocky se tiraron al suelo de la risa.

—¡Imposible!

—Mírale los bigotes —dijo Judy.

Stink se agachó y acercó la cara a la gata.

—¡Caramba! Mouse tiene restos de plátano en los bigotes.

—Ya te lo he dicho.

—Voy a decirle a mamá que te has comido todos los plátanos y que le has dado uno a Mouse.

—Dile que ha sido por la ciencia. Verás, aquí va a haber algunos cambios a partir de ahora.

—Estamos haciendo compost —explicó Rocky—. ¿Ves? —le enseñó el cartel.

—Cuesta un siglo convertir la basura en abono —comentó Stink.

—Stink, tú sí que te vas a convertir en abono como no te marches y nos dejes en paz.

El señor Basura

Cuando Judy se despertó a la mañana siguiente, todavía estaba oscuro. Tomó la linterna y el cuaderno. Después bajó de puntillas a la cocina para empezar a salvar el mundo.

Esperaba que le diera tiempo antes del desayuno. Se preguntó si otras personas que hacen del mundo un sitio mejor se ven obligadas a hacerlo en silencio y a oscuras, para que no se despierten sus padres.

Ella, Judy Moody, se sentía como el señor Basura. El señor Basura era el gremlin bueno de la basura en un cómic de Stink, uno que se hacía una casa con envases de patatas fritas y botellas. Reciclaba todo, hasta los palitos de las piruletas. Y jamás utilizaba nada procedente del bosque tropical.

Hmm... cosas procedentes del bosque tropical. Ése sería un buen sitio por donde empezar. La goma venía del bosque tropical. Y el chocolate y las especias y cosas como el perfume... Hasta el chicle.

Judy recogió cosas por toda la casa y las amontonó en la cocina. Tabletas de chocolate, pasteles y helado de vainilla. El café de su padre. El desatascador de goma del váter. Un chicle de la máquina de bolas de chicle de Stink. Una barra de labios perdida en el bolso de su madre. Tan ocupada estaba en salvar el bosque tropical que ni siquiera oyó entrar a su familia en la cocina.

—¿Qué demonios...? —preguntó su madre.

—¿Por qué estás a oscuras, Judy? —su padre encendió la luz.

—¡Eh, mi máquina de chicles! —protestó Stink.

Judy abrió los brazos para cerrarles el paso.

—Ya no vamos a utilizar más esto. Viene todo del bosque tropical.

—¿Quién lo dice? —preguntó Stink.

—El señor Basura. Y el señor Todd. Se talan demasiados árboles para cultivar café y darnos maquillaje y chicles. El señor Todd dice que la tierra es nuestro hogar y que tenemos que actuar para salvarla. No necesitamos nada de esto.

—¡Yo necesito el chicle! ¡Devuélveme mis chicles!

—¡Stink! No grites. ¿No has oído hablar nunca de la contaminación acústica?

—¿Está aquí mi café? —preguntó su padre, frotándose el pelo.

—¿Eso es helado, Judy? ¡Está goteando por toda la mesa! —su madre llevó el envase chorreante al fregadero.

—¡*Ruuuuurrrrrrr!* —Judy hizo el ruido de la sierra mecánica talando árboles.

—¡Está loca! —gritó Stink.

El padre volvió a poner en el armario el pastel de chocolate. Su madre quitó el desatascador de la mesa de la cocina y se dirigió al cuarto de baño.

A continuación, el Plan B. Proyecto RECICLAJE. Ella, Judy Moody, demostraría a su familia cuánto daño causaban al planeta. Cada vez que alguien tirase algo, lo apuntaría. Tomó el cuaderno y miró en el cubo de la basura. Anotó:

1 lata de zumo de naranja

1 tapa de frasco de mantequilla de cacahuete

1 bolsa de plástico de pan

4 cáscaras de huevos

Posos húmedos y malolientes de café

2 cajas de zumo de cerezas

(¡Con las pajitas!)

1/2 tazón de harina de avena

—¡Stink! ¡No debes tirar a la basura esa harina de avena pegajosa!

—¡Papá! Dile que deje de espiarme.

—¡Soy la Detective de la Basura! Tu *basuróloga*. El señor Todd dice que si se quiere aprender a reciclar, hay que conocer bien la propia basura.

—Pues vete conociendo el corazón de mi manzana —dijo Stink, poniéndole una cosa húmeda y blanda en las narices.

—Ya te vale. ¿Es que en esta familia no ha oído hablar nadie de las tres erres?

—¿Las tres erres? —preguntó su padre.

—Reutilizar. Reciclar.

—¿Cuál es la tercera? —preguntó Stink.

—Responder con el silencio a los hermanos pequeños hasta que dejen de tirar cosas.

—¡Mamá! No voy a dejar de tirar las cosas por ahí porque a Judy le haya dado un ataque antibasura.

—¡Mira todo lo que tiramos! —exclamó Judy—. ¿Sabías que una persona produce casi cuatro kilos de basura al día?

—Nosotros reciclamos el vidrio y las latas —dijo su madre.

—Y los periódicos —añadió su padre.

—¿Y esto? —preguntó Judy, sacando de la basura una bolsa de plástico—. ¡Esta bolsa del pan podría ser un monedero! O el forro de un libro de la biblioteca.

—¿Qué hay de malo en las cáscaras de huevo? —preguntó Stink—. ¿Y en los posos?

—Pueden emplearse como abono para las plantas. O para hacer compost —en ese momento le llamó la atención algo que había en la basura. Judy lo sacó—. ¡Eh! ¡La cabaña de madera de Laura Ingalls Wilder que hice en Segundo!

—A mí me parece el museo del pegamento —dijo Stink.

—Lo siento, Judy —se excusó su madre—. Tendría que haberte preguntado antes, pero todo no se puede guardar, cariño.

—¡Recíclalo! —propuso Stink—. ¡Puede servir de leña! O para hacer palillos de dientes.

—No tiene gracia, Stink.

—Judy, todavía no te has preparado para ir al colegio. Ya hablaremos luego de esto —dijo su padre—. Es hora de vestirse.

Era inútil. Nadie le hacía caso. Judy subió, arrastrándose igual que un perezoso.

—Hoy no me voy a pintar los labios, si eso te hace sentir mejor —dijo su madre por las escaleras.

—Y yo tomaré sólo media taza de café —comentó su padre, aunque Judy no pudo apenas oírle por encima del ruido de los granos de café del bosque tropical en el molinillo.

Su familia sabía perfectamente cómo quitarle las ganas de ser el señor Basura. Se puso los vaqueros y la camiseta del búho moteado. Y no se lavó los dientes para ahorrar agua.

Bajó las escaleras haciendo ruido para que vieran que estaba enfadada con toda la familia.

—Aquí tienes el bocadillo —dijo su madre.

—¡Mamá! ¡Está en una bolsa de papel!

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Stink.

—¿Pero es que no lo ves? Talan árboles para hacer bolsas de papel. Los árboles dan sombra y controlan el calentamiento del planeta. Moriríamos sin ellos, porque producen oxígeno y ayudan a quitar polvo y otras cosas del aire.

—Ya que hablas de polvo, podrías limpiar tu cuarto —sugirió su madre.

—¡Mamá!

¿Cómo iba ella a dedicarse a cosas importantes como salvar árboles si no podía salvar ni su propio árbol familiar? Aquello fue el colmo. Judy se marchó al garaje a por su maletín de La Bella Durmiente de cuando estaba en la escuela infantil.

—¿Vas a llevar ese maletín de niña pequeña en el autobús? ¿Para que te vea todo el mundo? —preguntó Stink.

—Hoy me voy en bici. Para ahorrar energía.

—Nos vemos en el colegio entonces —dijo Stink, agitando delante de sus narices la bolsa de papel del almuerzo. ¡Uy, si ella pudiera reciclar a su hermano pequeño!

—Tú sigue así, matando árboles...

Era complicado convertir el mundo en un sitio mejor.

Pumas y moluscos

En el colegio Judy no paró de moverse durante la clase de Mates. Estuvo inquieta en Lengua. Por fin llegó Ciencias.

—Más de la mitad de las plantas y animales del mundo se encuentra en los bosques tropicales —explicó el señor Todd—. Por eso es tan importante protegerlos. La salud de todo nuestro planeta depende de ello. ¿Pero sabíais que también aquí en Virginia hay especies en peligro de extinción?

¡Especies en peligro de extinción! ¡En Virginia! Judy se inclinó hacia delante en su asiento.

—Si queremos cuidar nuestro planeta, tenemos que empezar por nuestra propia casa. Por eso voy a pedir os que cada uno de vosotros adopte esta semana un animal de Virginia en peligro de extinción. Que nos hable de esa especie, por qué está desapareciendo y qué puede hacerse para remediarlo.

¡Adoptar un animal! Así podría ayudar a las especies en extinción. ¡Ella, Judy Moody, podría salvar todo el estado de Virginia!

El señor Todd se puso a agitar una lata de café.

—Cada papeleta contiene el nombre de un animal en peligro de extinción. Os voy a ir llamando para que vengáis cada uno a por una papeleta de la lata. ¿Quién quiere empezar?

Todos levantaron la mano a la vez.

—Rocky.

—¡Salamandra! —dijo éste al leer su papeleta.

—Frank Pearl.

—¡Mejillón!

¡Qué raro! Judy no dejaba de mover la mano, pero el señor Todd no la llamaba.

A Brad le tocó el águila. A Hailey, el puma. A Randi le salió la tortuga marina.

—Jessica Finch.

—Almeja de río. ¡Bien!

Judy no podía entender que a alguien pudiera gustarle adoptar una almeja de río.

Sólo a Jessica Finch. Claro que también le gustaban los cerdos..., así que no era tan raro.

Mientras el señor Todd iba llamando a otros, Judy se volvió para decirle a Jessica:

—Una almeja de río es como un cortaúñas —y soltó una carcajada.

—Judy Moody.

Judy se volvió, con la mano todavía levantada.

—Queda una —dijo el señor Todd—. Ven.

¡Por fin! Judy desenrolló la papeleta.

—Escarabajo tigre —leyó.

¡Escarabajo! Más que un animal era una cosa. ¡Una cosa asquerosa y horrible!

—¿Podemos cambiarlo si no nos gusta?

—Me gustaría que os quedarais todos con el que os ha tocado —dijo el señor Todd.

—¿Y si no hemos oído hablar nunca de él? ¿Si no sabemos ni cómo es? —preguntó Judy.

—Ahí está la gracia —respondió el señor Todd—: En descubrirlo. Id a la biblioteca a mirar en libros y revistas. Buscad en Internet en el aula

de informática. El próximo jueves vamos a ir a un museo con información sobre todos los animales que habéis adoptado.

—¿Un museo grande o pequeño? —preguntó Frank.

—Pequeño —dijo el señor Todd. Hubo un gruñido general.

Un museo grande significaba ir al Smithsonian de Washington DC. O al de aviones. Un museo pequeño significaba ir al museo de ciencias de la vuelta de la esquina. Tenía trenes de juguete, dinosaurios de plástico y fotografías de Virginia con más de cien años.

—La mejor exposición es la de telarañas —dijo Rocky.

* * *

Cuando llegó el jueves, Judy se puso las mallas con rayas de tigre para ir al colegio, en honor del escarabajo tigre. En el museo, el señor Todd presentó su clase a la señorita Stickley.

—Ella nos va a hablar de las especies de Virginia en peligro de extinción.

La señorita Stickley parecía un insecto palo. Llevaba marrones hasta las medias.

—Llamadme Stephanie —dijo la señora Insecto Palo.

—A ver, todos —dijo el señor Todd—. Espero que atendáis a Stephanie como es debido.

Frank hizo como que se quitaba las orejas y se las daba, Judy soltó una carcajada.

Stephanie Insecto Palo les llevó a ver la exposición «Animales salvajes en extinción». Les enseñó una salamandra viva, un caracol rayado de montaña y una ardilla disecada pegada a un tablero.

—¡Una ardilla voladora! ¿De verdad se llama Rocky? —preguntó Frank.

—Sí —contestó la señora Insecto Palo.

—¡Él también se llama Rocky! ¡Eres una ardilla, eres una ardilla! —exclamó Frank señalándole.

—¡Ja, qué gracioso!

Judy se moría de ganas de hacerle una pregunta a la señora Insecto Palo. Así que levantó la mano hasta que Stephanie se fijó en ella.

—¿Tienen escarabajos tigre? —preguntó Judy.

—No, lo siento, pero no tenemos. Están en peligro de extinción en Virginia y serían un buen espécimen para nuestra colección.

¿Qué clase de museo de especies en peligro de extinción era aquél, que no tenía escarabajos tigre?

—¿Tienen isópodos de cueva? —era la empollona de Jessica Finch.

—¿Qué es eso de hisopo-dos? —preguntó Rocky.

—Un isópodo es un crustáceo parecido a la cochinilla —contestó Stephanie—. Los encontraréis en la Sala de Arácnidos.

—¡Puaf! ¡Son piojos! —exclamó Rocky.

Judy seguía sin saber por qué no tenían escarabajos tigre. Al fin y al cabo, tenían un montón de crustáceos asquerosos, isópodos piojosos y una plaga de cochinillas.

Volvió a levantar la mano. Quería hacerse la inteligente como Jessica Finch.

—Perdone. ¿Tienen perezosos? ¿Saltadores de árboles tropicales? ¿Ayeayes nocturnos?

—No tenemos exposición del bosque tropical —respondió la señora Insecto Palo—. Pero es una gran idea. Tal vez en el futuro.

Toda la clase tocó la concha de una curiosa almeja de río y escuchó una historia acerca de una musaraña de la Ciénaga Tenebrosa.

—En este sitio todo está en peligro de extinción —comentó Frank.

—Mis notas en Ciencias también lo están —añadió Judy.

Urgente, un escarabajo

A la mañana siguiente, se puso a buscar un escarabajo tigre vivo. Antes de ir al colegio, sacó un frasco del cubo de reciclaje y fue al jardín. Tanteó la corteza del árbol. Sintió la hierba al gatear. Miró donde el abono.

—Ven aquí, escarabajo —dijo Judy—. Te voy a salvar.

No encontró ni uno; sólo un capuchón de bellota, una babosa y un envoltorio de caramelo sin reciclar.

—¡Judy! —la llamó su padre—. ¿Qué haces ahí en pijama?

—Buscar un escarabajo tigre, que están en peligro de extinción. El señor Todd dice que podemos ayudar a salvar especies en peligro empezando por nuestra propia casa.

—Pero no en pijama antes de desayunar —dijo su padre—. Todos los escarabajos están todavía durmiendo.

Ese día Judy buscó una foto del escarabajo en el colegio. Consultó el diccionario, la enciclopedia y algunos libros sobre insectos. Consultó hasta en Internet ¡Nada! No hubo suerte. La mayoría de las escarabajos que aparecían eran John Lennon y Paul McCartney.

* * *

Al día siguiente era sábado. Frank Pearl llamó a Judy.

—¿Puedo ir a tu casa?

—Si me traes un escarabajo tigre.

—De acuerdo.

—¿Has encontrado alguno? ¿De verdad?

—Vivo, no. Es una foto. ¿Tienes sellos en tu casa?

—¿Qué tienen que ver los sellos?

—Ve a ver si tienes sellos. Sellos de insectos.

Judy dejó el teléfono y corrió a buscar sellos en la mesa de su padre.

—Banderas antiguas —le dijo a Frank.

—Pues yo tengo montones de sellos y...

—¿Cómo es que tienes tantos sellos?

—Hago colección. Estaba pegándolos en el álbum cuando vi tu escarabajo en un sello.

—Tráemelo inmediatamente. Dile a tu madre que es una urgencia.

Frank llamó al timbre a la media hora.

—¡Por fin! —dijo Judy, llevándole a la sala de estar.

Frank puso su álbum de sellos en la mesita y lo abrió de par en par. Fue a la página de insectos y arañas.

—¡Mira todos los escarabajos que hay! Ésa es una escarabaja, dan buena suerte. También hay escarabajos peloteros, escarabajos hércules y un escarabajo de agua. Hasta un escarabajo del saúco.

—¿Cuál es éste? —chilló Judy.

Frank señalaba un escarabajo de cabeza verde y brillante con ojos de extraterrestre. Debajo ponía *Cicindela dorsalis dorsalis*.

—No parece un escarabajo tigre —dijo Judy—. Es una especie de escarabajo cenicienta.

—Está en latín —informó Frank.

—¿En latín? ¿Es que no hay escarabajos que hablen otro idioma?

—Lee lo que pone debajo.

Escarabajo tigre de las playas del nordeste.
Se encuentra en las playas de la bahía de Chesapeake, Virginia. En peligro de extinción por cambios del hábitat, la población humana, la urbanización de la costa y la erosión.

—¡Mi escarabajo es un holgazán de playa! Un millón de gracias, Frank. Ahora ya puedo preparar mi informe. Primero voy a hacer un dibujo para la portada.

—¿Necesitas ayuda?

—Por supuesto. Puedes volver a poner los capuchones en los rotuladores.

Judy se puso a dibujar escarabajos tigre con muchas patas por toda la portada de su informe.

—No te olvides de ponerle todas las partes de la boca —dijo Frank—. Y las alas.

—Claro —dijo Judy.

—¿Puedo ayudarte a colorear? —preguntó Frank.

—Vale, gracias. ¿Has dibujado ya la portada de tu informe sobre el mejillón?

—Sí. Una concha con arrugas que parece la cara de un mono. De veras. Como si tuviera orejas y ojos y todo.

—Me gustaría verlo.

Puso el título del informe en mayúsculas. SALVAD AL ESCARABAJO TIGRE.

—¡Eso!

—Mola —dijo Frank.

Cuando terminó la portada, apareció Stink en el cuarto y se quedó mirando el dibujo de Judy.

—¿Por qué has dibujado balones de fútbol volando?

El club se queda sin mascota

Judy trabajó en su informe el fin de semana. Todos presentaron el suyo el lunes por la mañana durante la clase de Ciencias. Frank explicó por qué llamaban cara de mono al mejillón. Jessica Finch mostró una almeja de río. Judy se extendió sobre la importancia del escarabajo tigre.

—Los escarabajos tigre se alimentan de árboles muertos y de insectos nocivos, así que no hay que pisarlos. Son fantásticos y parecen tigres. ¡Su primo del bosque tropical, el escarabajo hércules, mide más de diez centímetros de largo! Los escarabajos tigre hacen un zumbido fuerte, así: ¡Bzzzzzzzz! Fin.

Cuando terminaron todos, el señor Todd les felicitó:

—¡Buen trabajo! Gracias por despertar nuestra conciencia sobre estos animales especiales. Recordad que si os los encontráis, debéis dejarlos en paz. Es importante no separar a los animales de sus hábitats naturales.

De pronto Judy tuvo una idea digna de Einstein. Había que convocar una reunión del club secreto. Pasó una nota a Frank: «¡Reunión urgente del club de la Rana Meona hoy! Pásaselo a Rocky. JM».

Jessica se inclinó hacia delante para ver la nota de Judy.

—Seguro que no sabes deletrear «extinguido» —susurró Jessica.

—Claro que sí —dijo Judy. D-E-S-A-P-A-R-E-C-I-D-O «desaparecido».

Judy no paró de moverse en la clase de Lengua.

¡Bzzzzzz! Por fin sonó el timbre, igual que un dulce coro de escarabajos tigre, y ella, Judy Moody, D-E-S-A-P-A-R-E-C-I-Ó.

* * *

Frank, Rocky y Judy se metieron en la tienda del jardín trasero de Judy al salir de clase. Ésta susurro su plan a Frank y Rocky mientras esperaban a Stink.

—Yo me encargo de Stink —dijo Rocky.

—Y yo de Ranita —añadió Frank.

Stink entró por fin en la tienda con su mascota Ranita dentro de un envase de yogur.

—¿Dónde vamos a poner a Ranita?

—Aquí a mi lado —dijo Frank—. Ya la cuido yo.

—Pero no la agarres con las manos, Stink, o te lo hará. Ya sabes a qué me refiero —le advirtió Judy.

—Eh, ¿os habéis fijado en que si cambiáis las letras de «ranita» sale «tirana»?

—Muy bonito, Stink —dijo Judy—. ¿Sabes que con añadir unas letras a tu nombre suena casi igual que «stinguido»?

Stink pasó de ella.

—Estamos muy apretados aquí —se quejó.

—Pues hazte más pequeño, Stink. La gente ocupa demasiado sitio en el planeta. Por eso tenemos tantos problemas.

—Ya empezamos... ¿Porqué estamos aquí?

—Por nada —dijo Rocky, dándole un toque a Frank para que éste se lo diera a Judy. Los tres soltaron una carcajada.

—Vamos a hacer una puesta en común —dijo Frank—. Ya sabes, pensar en cosas que podemos hacer en nuestro club. Aunque es verdad que estamos apretados y hace calor aquí.

—Muy apretados. Y hace demasiado calor para una puesta en común —siguió quejándose Stink.

—Es por el calentamiento del mundo —aseguró Judy—. Incluso aquí en Virginia.

Stink jadeó igual que un perro.

—No respires tanto, Stink. Vas a acabar con el ozono —reprochó Judy—. ¡Ya hay un agujero sobre la Antártida!

—¡Qué pesada estás con el ozono! ¡No hay quien te aguante! —y se marchó de la tienda.

—¡Perfecto! —exclamó Judy, y los tres chocaron palmas.

—¡Se ha olvidado de Ranita! —dijo Rocky.

—Hoy es tu día de suerte, Ranita. El día en que salvamos el mundo, empezando por ti.

Frank levantó a Ranita y ésta parpadeó.

—¡No parece en peligro de extinción!

—No, pero tu mano corre peligro —le advirtió Judy—. Mejor que la sueltas.

—Me da pena soltarla —aseguró Frank.

—¡Pero el señor Todd lo dijo! ¿Te acuerdas? Si te encuentras un animal salvaje debes dejarlo en paz. Secuestrar ranas es como hacer daño al planeta —explicó Judy.

—Piensa en lo contenta que se va a poner —dijo Rocky.

Llevaron a Ranita al arroyo que había detrás de la casa de Judy.

—Voy a echarte de menos, Ranita. Pero ya es hora de que te reúnas con tus amigas para portarte como una rana. Ve a hacer de este planeta un sitio mejor —se despidió Judy.

Contaron hasta tres y volcaron suavemente el envase de yogur para que Ranita saliera.

—¡Adiós, Ranita buena! —dijo Rocky.

—¡Cuidado con la lluvia ácida! —advirtió Frank. Ranita parpadeó y luego, ¡plof! Se tiró al agua. Una, dos, tres burbujas y desapareció.

—¡Qué pena! —exclamó Frank.

—Es por una buena causa —respondió Rocky.

—¡De lo más *ranera*! —intervino Judy.

Rocky y Frank se fueron a casa. Ella había empezado a hacer de este mundo un sitio mejor. El club de la Rana Meona había dado un pequeño paso para la *ranidad* y un gran salto de rana para la humanidad.

* * *

Stink tardó una hora y veinte minutos en darse cuenta de que faltaba Ranita. Estaba extinguida.

—¿Ha desaparecido Ranita? —preguntó—. ¡Oh no! ¿Y si se la traga una serpiente? ¿O la atrapa un halcón gigante? Ha sido culpa mía por habérmela olvidado en la tienda. ¿Por qué no habéis hecho algo?

—Ya lo he hecho —dijo Judy, y le soltó la buena noticia de que habían dejado libre a Ranita para convertir el planeta en un sitio mejor.

Si Stink hubiera sido un sapo venenoso, habría lanzado su mortal arma contra Judy. Si hubiera sido un volcán, habría echado lava.

—¡No hay derecho! ¡Ranita era mi mascota!

—Ranita era de todos los miembros del club de la Rana Meona.

—Pero yo era el que más la cuidaba. ¿Por qué va a ser el planeta un sitio mejor por dejarla libre? Seguro que es al revés.

—Stink, Ranita se acabaría sintiendo como en una cárcel —dijo Judy.

—Tú eres la que va a estar en la cárcel en cuanto se lo cuente a papá y mamá.

—Si lo piensas bien, al dejar a Ranita en libertad habrá más ranas en el planeta. ¿Es que no lo ves?

—Veo que me has robado mi rana.

A veces Stink es más terco que una mula.

—Ahora no tenemos mascota en nuestro club —dijo Stink.

Judy agarró a Mouse.

—¡Mouse puede ser nuestra nueva mascota!

—¿El club de Mouse Meona? No me gusta. ¿Lo ves? De no ser por Ranita nunca habría habido un club de la Rana Meona.

—Ya habrá más ranas que nos meen encima, Stink. Te lo prometo.

—Voy a ir a papá y mamá de todas maneras.

Luna Dos

Al día siguiente Judy llegó del colegio y trepó a un árbol. Tenía un Problema con P mayúscula. ¿Por qué se había enfadado su familia por dejar una rana en libertad? Sólo estaba contribuyendo a salvar el planeta.

Stink la vio en lo alto del árbol.

—¡Eh, no vale! ¡Papá y mamá dijeron que te fueras derecha al cuarto!

—Éste es mi cuarto. Ahora voy a vivir aquí arriba. Como Julia Hill, la Mariposa.

—¿Quién?

—La chica que vivió dos años en un árbol. Nos lo ha contado el señor Todd. Iban a talar unas secuoyas centenarias en California. Así que Julia Hill, la Mariposa trepó a una de ellas y se quedó allí. No podían talar un árbol donde había una persona. Llamó Luna al árbol.

—No puedes vivir en un árbol, Judy.

—Judy Moody la Monarca.

—Ya empezamos...

—Si vivo en este árbol, vendrán los periódicos. Y la gente de la televisión. Todo el mundo comprenderá la importancia de los árboles. Voy a llamar al árbol Luna Dos.

—Qué lunática eres.

—Ya te vale. Stink, tú me harás los recados.

—¿Qué secados? Aquí no hay nada que secar.

—Más de lo que te crees. Vete a por mi walkie-talkie. Será como el teléfono móvil de energía solar de Julia Hill la Mariposa. Así es como voy a hablar con la gente.

Stink volvió con el walkie-talkie. Judy bajó a una rama inferior mientras su hermano se subió a una caja para dárselo.

—Ahora tráeme una linterna. Aquí arriba está oscuro.

Stink fue a por la linterna.

—¿Puedes traerme ahora un vaso de agua?

—¿Agua? ¿Para qué?

—¡Tengo sed!

—¡Pues te aguantas!

—Te pagaré cincuenta centavos.

—¿Cuánto tiempo vas a estar ahí arriba? —preguntó Stink, pensando en el dinero que podía ganar.

—Julia Hill la Mariposa estuvo en el árbol setecientos treinta y ocho días. Stink, vas a tener que traerme agua en algún momento. Y unas lentejas. Julia Hill la Mariposa comía lentejas.

—¡Lentejas! ¡No has comido lentejas en tu vida! —le trajo una botella de agua—. Me debes cincuenta centavos. Se han acabado las lentejas. Me había olvidado de que las utilicé para hacer un rascacielos en Sociales.

—O sea que voy a tener que conformarme con frijoles. ¡Puaf!

—Rocky va a venir. Ha llamado y le he contado que ahora vives en un árbol y que te vas a meter en un lío cuando papá y mamá vean que no has ido derecha a tu cuarto.

—Éste es mi cuarto.

—Entonces, ¿puedo quedarme con el tuyo de casa?

* * *

Rocky llegó corriendo al jardín de atrás. Levantó la vista.
 —¿Qué hay, Judy? Aparte de ti, claro —soltó una carcajada.
 Judy no se rió, no dijo ni palabra.
 —Tienes que llamarla Judy Moody la Monarca —le informó Stink.
 —¡Ah, ya! —dijo Rocky—, como la chica aquella que vivió en un árbol. ¿Qué vas a hacer cuando llueva?
 —Me pondré debajo de las hojas.
 —¿Y cuando se haga de noche?
 —Tengo linterna.
 —¿Lo ves? —dijo Stink—. Primero le dio por la basura. Luego por aquel extraño escarabajo. ¡Ahora va y me hace subir al árbol!
 —¡Oh, no! ¡Tú también no! —Rocky y Stink empezaron a reírse.
 —¿Cómo vamos a hacer que baje? —le preguntó Stink.
 —El señor Todd dijo que los leñadores intentaron hacer bajar a Julia Hill la Mariposa con luces deslumbrantes y música a todo volumen.
 —Pues toca empezar la Operación Música a Tope —dijo Stink.
 Pusieron música a todo volumen para que Judy se enfadase y bajase. Ella se tapó los oídos y empezó a tararear canciones.
 —¿Qué más intentaron? —preguntó Stink.
 —Acciones legales.
 —¡Voy a demandarte si no bajas! —chilló Stink.
 —¿Por qué? —preguntó Judy.
 —Por estar subida a un árbol sin cumplir tu castigo o algo así.
 —¿Y qué?
 —Vamos a sacudir el árbol —sugirió Rocky.
 Rodearon el árbol con las manos y lo sacudieron, pero no se movió ni una sola hoja.
 —La corteza pica más que un insecto —se quejó Stink, mostrando los rasguños del brazo—. Eh, Judy, necesito un médico. De verdad. Ve a por tu maletín.
 —Muy hábil —dijo Judy Moody la Monarca.

En ese momento Mouse salió y subió al árbol de un salto.
 —¡Gracias por la compañía! —exclamó Judy—. Ya no me sentiré sola aquí arriba.
 —Fantástico —dijo Stink—. Ahora tampoco bajará Mouse. Y tendremos que llamarle Mouse Moody la Orguga o algo así.
 —Tengo que quedarme aquí arriba —interrumpió Judy—. En defensa de los árboles y de los búhos y las ardillas voladoras y de todos los que necesitan a los árboles. Hasta las personas. Y las ranas.
 —Vamos a dejarla ahí arriba —dijo Stink—. Por mí como si se cae o se mete en un lío.
 —Judy Moody la Monarca no va a poder quedarse siempre ahí arriba. Tendrás que ir al colegio —le advirtió Rocky.
 —Julia Hill la Mariposa se licenció en la universidad mientras estaba en lo alto del árbol.
 —A lo mejor baja si no le hacemos caso —le comentó Rocky a Stink.
 —Operación Pasar de Judy —dijo éste.
 Los dos entraron en casa. Mouse bajó de un salto desde una rama y fue tras ellos.
 —¡Traidora! —le gritó Judy.
 Vivir en un árbol resultaba un poco solitario. Judy se preguntó si Julia Hill la Mariposa también se habría sentido sola. Setecientos treinta y ocho días era mucho tiempo. Judy apenas llevaba setecientos treinta y ocho segundos.

* * *

Stink y Rocky volvieron corriendo al poco rato. Stink agitaba un sobre en la mano.
 —¡Eh tú, la de arriba! —gritó Stink—, Judy Moody la Monarca.

—¿Qué pasa ahora?

—¡Tienes carta del concurso de Tiritas Locas! —chilló Rocky.

—¿Ah sí? —preguntó Judy, mirando desde arriba—. Ábrela y léemela.

—Ni hablar —dijo Stink—. Baja tú a verla. —No te va a servir ese truco, Stink.

—Ya la leo yo —dijo Stink. Abrió el sobre y desdobló la carta—. «Querida Judy Moody». Me parece que se han olvidado de llamarte Monarca.

—¡Lee lo que pone!

—¡Enhorabuena! Eres una de las ganadoras del concurso «Diseña tus propias tiritas».

¡Judy no se lo podía creer! Se dejó caer desde la rama de Luna Dos como un leopardo hacia su presa.

—¡Déjame verlo! —y leyó en voz alta:

Querida Judy Moody:

Echamos de menos tu sonrisa.

Llámanos para concertar cita con tu dentista.

Stink y Rocky se tiraron por el suelo de la risa.

—¡STINK! —aulló Judy—. Te has reído de mí. Esto no es del concurso de Tiritas Locas. ¿Me has hecho bajar del árbol porque el dentista echaba de menos mi sonrisa?

—¡Ha funcionado!

—Mira bien esta sonrisa —dijo Judy enseñándole unos dientes de tigre siberiano.

—¿O sea que ya no puedo quedarme con tu cuarto?

—¡Grrr! —dijo Judy.

Locos por las tiritas

Al día siguiente, al bajar Judy, Stink y Rocky del autobús de vuelta a casa, Stink gritó:

—¡Os echo una carrera hasta el buzón!

Pero Judy no corrió detrás de Stink. Se quedó donde estaba para ver el nuevo truco de Rocky, hacer desaparecer el globo de chicle. Entonces oyeron chillar a Stink desde el otro lado de la calle:

—¡El concurso de Tiritas Locas! ¡Has ganado, Judy!

Agitaba el sobre con la mano en alto.

—¡Stink, eres un mentiroso redomado! No voy a caer otra vez en esa trampa.

—Aquí pone GANADOR DEL CONCURSO. Aquí mismo, con grandes letras rojas. ¿Lo ves?

—Como sea una broma, más te vale subir a un árbol —le amenazó Judy al cruzar la calle.

—A lo mejor esta vez no es una broma —dijo Rocky acompañándole—. ¿Cuál era el premio?

—¡Unos patines en línea! —dijo Stink.

—Eso no cabe en un sobre, Stink.

—Entonces habrás quedado finalista —dijo Stink—. A lo mejor son las gafas de sol.

—Tampoco caben en un sobre. Dámelo.

Judy le quitó el sobre y lo rasgó para abrirlo.

Querida Srta. Moody:

¡Enhorabuena! Le adjuntamos el diploma que acredita su participación en el Concurso de Tiritas Locas.

¡Buen trabajo!

M. J. Donovan

Dir. Ejecutivo Tiritas Locas

—¿Un diploma? —chilló Judy—. ¿Eso es todo lo que me dan por CURA EL MUNDO? ¿Un miserable diploma? Un diploma no tiene nada que ver con unas patines en línea. Con un diploma no se decoran los tobillos de millones de personas.

—Ese diploma equivale a haber quedado en segundo puesto —comentó Rocky.

Judy se tapó los oídos.

—No vuelvas a mencionar la palabra «diploma».

—Por lo menos te han dado algo —dijo Stink.

—Sí —dijo Rocky—, a Stink ni siquiera le han dado diploma.

Eso animó un poco a Judy.

—En fin, así tengo algo que poner en el Rincón de la Fama de los Moody.

En ese momento se le cayó a Stink toda la correspondencia que llevaba. Catálogos y sobres se desparramaron cada uno por su lado.

—¡Ayudadme! —chilló Stink.

Una de las cartas salió de un catálogo y fue a parar a la entrada de la casa.

—¡Mirad! —exclamó Stink al recogerla—. ¡Yo también he recibido carta!

—A ver si ahora también dices que los diplomas son bonitos —se rió Judy.

Stink abrió sin prisas el sobre.

—Stink, voy a estar en Cuarto para cuando acabes de abrirlo. Date prisa. ¡Léelo!

Stink leyó la carta:

Querido Sr. Moody:

¡Enhorabuena! Ha ganado uno de los premios del concurso de Tiritas Locas. Su dibujo «Locos por las tiritas» será Tirita Loca de octubre.

M. J. Donovan

Dir. Ejecutivo Tiritas Locas

—¡Tirita Loca del Mes! —gritó Stink dando saltos con la carta en alto—. ¡He conseguido la Tirita Loca del Mes!

—Déjame ver —Judy leyó la carta con sus propios ojos. ¿Cómo podía ser aquello? ¡Su apuesto hermano pequeño había conseguido la Tirita Loca del Mes!—. ¿Qué le pasa a esta gente? —gritó Judy sacudiendo la carta—. ¿Es que tienen la cabeza llena de murciélagos? ¿O tiritas en vez de cerebro? ¿Es que no saben que los murciélagos tienen los ojillos pequeños y morros de cerdo? ¿No saben que parecen vampiros?

—Por lo menos no parecen balones volando —dijo Stink.

—¿No les preocupa curar el mundo?

—Los murciélagos orejudos están en peligro de extinción —le informó Stink—. Ponerlos en una Tirita Loca es como curar el mundo.

—¡Grrr! —dijo Judy.

Los murciélagos orejudos iban a decorar los tobillos de millones de personas. Entretanto, todo el estado de Virginia estaría pisoteando escarabajos tigre sin saberlo.

—¡Eh! ¿Y los patines en línea? —preguntó Rocky.

—Aquí pone que he ganado unas gafas de sol Tiritas Locas —dijo Stink.

—Ese debe de ser el premio —Rocky señaló la caja grande que había en el porche. Los dos echaron a correr, con Judy pisándoles los talones.

—¡Es de la empresa de las Tiritas Locas! —Stink estaba muy emocionado—. ¡Los gafas de sol!

—Deben de ser unos gafas de sol para un rinoceronte —contestó Judy en tono burlón.

—A lo mejor se han confundido y te han enviado los patines en línea por error —dijo Rocky.

—Espero que sean negros con una raya roja y otra plateada...

—¡Stink! ¡Abre la caja de una vez! —ordenó Judy.

Stink abrió la caja rompiéndola. No eran unos patines en línea, ni unas gafas de sol para un rinoceronte. Eran Tiritas Locas. Toneladas de Tiritas Locas. Millones y millones de Tiritas Locas. ¡Como para toda la vida! ¡Diez cajas por lo menos!

—¡Qué curioso! —susurró Judy.

—¡Ahí va! —dijo Rocky—. No había visto nunca tantas Tiritas Locas.

—Yo sí —Stink señaló a Judy, la aficionada a las Tiritas Locas—. Pero éstas son MÍAS.

—¿Has hecho tú esto? —Rocky estaba señalando el dibujo de Stink—. Mola.

—Qué bien, tu propia Tirita Loca —dijo Judy. No pudo evitar ponerse verde como un frijol. Verde de envidia.

—¡Eh! Aquí están las gafas de sol —exclamó Stink, mientras hurgaba al fondo de la caja. Tenían forma de tirita. Se las puso y miró el sol—. ¡Funcionan!

—¡Qué suerte! —exclamó Judy—. Te protegerán del gran agujero de ozono de la Antártida.

¡Stink tenía una Tirita Loca hecha por él! Su alocado hermano pequeño era tan famoso como Josephine Dickson, la inventora del vendaje adhesivo. Si no fuera por ese gran agujero del cielo, ella, Judy Moody, se marcharía a la Antártida.

—¿Crees que habrá murciélagos en la Antártida? —preguntó Judy.

—Murciélagos congelados —dijo Stink.

—¡Auuuuuu! —Judy levantó la cabeza hacia la capa de ozono y soltó un largo aullido como el de un lobo.

Proyecto Lápiz

A la mañana siguiente, y a la otra, Judy se despertó con la sensación de ser un perezoso. Le costó mucho levantarse de la cama.

La salvación del mundo no marchaba bien. No había hecho nada verdaderamente importante. Como curar el mundo con su propia Tirita Loca. Hasta ese momento, sólo había salvado cuatro cáscaras de plátano, una bolsa de llevar el almuerzo y una rana.

El lunes por la mañana se tomó en silencio su desayuno sin envases. Guardó su almuerzo sin bolsa. No dijo ni palabra al ver que Stink se había puesto Tiritas Locas en los brazos, los codos, las rodillas y la barbilla.

—Estas Tiritas Locas pican —dijo Stink, quitándose una del codo.

Judy no pudo aguantar más.

—Si fueran mis Tiritas Locas, me alegraría de que picasen. No me rascaría ni una vez, ni me las quitaría. Ni siquiera para bañarme.

* * *

Judy no levantó una sola vez la mano en clase y no pasó ninguna nota a Frank. Estuvo toda la clase de Lengua mordiendo su lápiz Gruñón.

Ella, Judy Moody, estaba que mordía.

En clase de Ciencias, el señor Todd se quitó el reloj y dijo:

—Quiero que estéis todos quietos durante sesenta segundos. Yo contaré el tiempo —y tras el rato de silencio añadió—: En este minuto se han destruido más de cuatrocientos mil metros cuadrados de bosque tropical. Unos setenta campos de fútbol.

—¡Imposible! —exclamaron todos a coro...

—Todos nosotros dependemos del bosque tropical —continuó el señor Todd— para las cosas de comer y vestir y de uso cotidiano. Pensadlo. Hasta los lápices de madera y las gomas de borrar de caucho pueden ser del bosque tropical. El noventa y ocho por ciento de la madera de cedro empleada para hacer lápices procede de los bosques tropicales.

Judy dejó de morder el lápiz Gruñón. Se quedó mirándolo. La cara gruñona pintada en él parecía más enfadada. Este lápiz había sido árbol. ¡Árbol de un bosque tropical!

Ella, Judy Moody, jamás volvería a utilizar lápiz. Ni siquiera un lápiz Gruñón.

—Si contribuimos a salvar el bosque tropical, salvaremos el planeta —concluyó el profesor.

De pronto se le ocurrió un plan a Judy, un plan perfecto para salvar el mundo. Lo único que tenía que hacer era quedarse sin recreo.

Cuando salieron todos corriendo al patio, ella volvió a entrar en clase sin que la vieran. Era su gran oportunidad. En cada pupitre había un portalápices. Judy recorrió la clase llevándose los lápices de los pupitres y los escondió en el florero. Después del recreo tocaba Mates.

—Sacad el libro de ejercicios. Poned los lápices a trabajar.

«Vais a ver», pensó Judy.

—¡Eh, me ha desaparecido el lápiz!

—¡A mí también!

—¡El mío estaba aquí!

—¡Señor Todd! ¡Señor Todd! ¡Alguien nos ha robado los lápices!

Se armó un gran alboroto en la clase.

—De acuerdo, ¿está alguien gastando una broma? —nadie respondió—. ¿Sabe alguien dónde están los lápices?

Judy agachó la cabeza como si estuviera haciendo los problemas de Mates. Brad la miró, era la única que NO se quejaba de que le faltase el lápiz. Y estaba haciendo problemas de Mates con ¡bolígrafo!

—¡Ladrona de lápices! —chilló Brad señalando a Judy—. ¡Judy Moody nos ha robado los lápices!

Judy notó que la fulminaban los ojos de veintiún amantes de los lápices.

—¿Qué sabes tú de los lápices desaparecidos, Judy? —el señor Todd se acercó a su pupitre.

—De acuerdo, los he cogido yo —confesó—. Porque creo que deberíamos dejar de utilizar lápices.

—¿Dejar de utilizar lápices? ¡Eso es una tontería! —dijo Brad.

—Para contribuir a salvar el planeta —explicó ella.

—Hmm. ¿Qué pensáis los demás? —preguntó el señor Todd.

—Queremos que nos devuelva los lápices —dijo Leo.

¡Judy no podía creer que sus compañeros fueran tan fanáticos de los lápices! ¿No sabían lo del ozono? ¿No les preocupaba que se talasen setenta campos de fútbol de árboles por minuto? ¡Si por ella fuera, no volverían a ver un lápiz!

—A mí me parece bien salvar el bosque tropical —dijo Frank.

—A mí también —añadió Hailey.

—Ya somos tres —concluyó Rocky.

—Ya, pero no podemos prescindir de los lápices para siempre —dijo Randi—. Tenemos que escribir y que borrar. Como en Mates. ¿Cómo vamos a salvar el mundo sin Mates?

—A lo mejor no hay que gastar muchos —intervino Jessica Finch—. Un lápiz puede hacer una raya de unos sesenta kilómetros. Podríamos comprometernos a emplear todos el mismo lápiz hasta Quinto.

¿Cómo sabía tanto de lápices Jessica Finch? A lo mejor no era tan pelota.

—¿Cuántos lápices pueden sacarse de un árbol? —preguntó Judy.

—Ninguno —dijo Brad—. Los árboles no dan lápices.

—Muy bueno lo tuyo —dijo Judy—. De un árbol se pueden sacar montones de lápices. Para que te enteres.

—¡De un árbol pueden sacarse 172000 lápices! —comunicó Jessica Finch—. Lo he leído en una revista.

—¡Guau! Con un árbol bastaría para los lápices de todo el colegio.

—¡De toda Virginia!

—Entonces podríamos plantar un árbol en el bosque tropical —sugirió Judy—. En nombre del colegio, me refiero. Para hacer todos los lápices que empleamos.

—Los niños de todo el mundo recaudan dinero para proteger los bosques tropicales —informó Jessica a toda la clase—. No cuesta más que un dólar plantar un árbol en el Bosque Tropical de los Niños de Costa Rica.

—Si no cuesta más que un dólar, podríamos enviar el dinero para que plantaran árboles y luego nosotros los adoptamos —añadió Judy.

—¡Guau! —dijeron todos—. Vamos a hacerlo.

—A ver, todos. ¿Alguna idea para recaudar dinero? —preguntó el señor Todd.

—Lavar coches —contestó Lucy.

—Vender cosas —dijo Adam—. ¡Como galletas!

—Mi hermana representó una obra en Quinto y sacaron dinero para salvar a las ballenas —contó Jessica—. Hasta le dieron el Premio Jirafa.

¡El Premio Jirafa! Por contribuir a una buena causa. ¡Judy no podía esperar a estar en Quinto!

—Un espectáculo de magia —dijo Rocky.

—Recoger cosas para reciclar y venderlas —Frank continuó—: En la planta de reciclado pagan a cinco centavos la botella o la caja de leche.

—¡Qué curioso! —exclamó Judy.

—¡Mola! —asintió Rocky.

—Suenan bien eso de recoger botellas —dijo el señor Todd—. Podríamos recaudar dinero y reciclar al mismo tiempo. ¿Qué os parece? ¿Creéis que podríamos recoger suficientes?

—¡Sí! —chillaron todos.

En eso quedaron. La clase de Tercero se iba a dedicar a las botellas. Empezando por la cafetería del colegio.

* * *

Los alumnos de Tercero pasaron la tarde recogiendo cajas de leche por todo el colegio. Reunieron montones de botellas de plástico de la escuela infantil y el comedor de profesores. Se llevaron hasta las que había en la basura.

Trabajaron con tanto ahínco como un ejército de hormigas.

—Mola que nos hayas sacado a todos de Mates —susurró Frank.

—Es más divertido que cuando me pusiste una escayola en el brazo —dijo Jessica.

—Necesitamos una tonelada más de botellas si vamos a salvar el bosque tropical —informó Rocky.

—Rocky tiene razón —intervino el señor Todd—. A ver cuántas botellas podemos reunir el fin de semana. Pedídlas a vuestras familias y vecinos. Contádselo a los amigos.

Judy Moody estaba lanzada. No quedaban más que unos cuantos días y varios centenares de botellas para salvar el bosque tropical.

Estaba de mejor humor que nunca. Por fin iba a salvar el mundo. Lo mejor era que ya no tenía que hacerlo sola. La clase de Tercero iba a salvar el mundo. ¡Como un ecosistema!

Ella, Judy Moody la Monarca, sabía lo que era pasar de crisálida a mariposa. Sentirse ligera como el viento.

Locos por las botellas

—Vámonos a buscar botellas al salir de clase —propuso Rocky.

—Espero que las botellas sean más fáciles de encontrar que los escarabajos tigre —dijo Judy.

Primero fueron al garaje de Rocky, donde encontraron dos cajas de leche llenas de botellas que se habían echado a reciclar.

—¡Qué curioso! —exclamó Judy—. ¡Veintisiete botellas!

—Pero están estropeadas. Me había olvidado de que mi madre las pisa.

—No pasa nada. Son botellas PAR. ¡Pisadas Antes de Reciclar!

En casa de Judy, su madre les dejó algunas botellas de leche que había guardado. Su padre no tenía ninguna, así que les dio a Judy y Rocky un dólar a cada uno para que plantasen un árbol.

—¡Gracias, señor Moody! —dijo Rocky.

Judy besó la nariz presidencial de George Washington.

—¿Significa esto que ya puedo volver a utilizar pintalabios? —preguntó la madre.

—¿Y yo a tomar café? —dijo su padre.

—Sí. Pero sin pasarse —se rió Judy.

—No vale —interrumpió Stink—. Yo también plantaría un árbol si me dieran un dólar o algo así.

—O algo así —dijo Judy.

* * *

La clase de Tercero se pasó toda la semana siguiente formando una montaña de botellas en el salón de actos. Bolsas de botellas, cajas de botellas, cubos hasta arriba de botellas.

—Buen trabajo de equipo —les felicitó el señor Todd—. ¿Sabíais que en este país tiramos dos millones y medio de botellas de plástico por hora? En tres meses tiramos botellas suficientes como para hacer con ellas una fila que diera la vuelta al mundo.

—¡Atención! —dijo Rocky—. ¡Las botellas dominan la tierra!

—La gente debería reciclarlas —comentó Jessica Finch—. Mi padre tiene una chaqueta de botellas de plástico recicladas. Mis calcetines también están hechos de botellas.

—¡Imposible! —Judy se volvió para verle los calcetines de botellas de plástico. Parecían normales. No parecían de plástico para nada.

—Es verdad —el señor Todd le explicó—. Todo ese plástico puede reciclarse para hacer juguetes y perchas y marcos para fotos. ¡Hasta cubos!

—¿Cuántas botellas habremos recogido ya? —preguntó Jessica.

—Vamos a hacer un montón para ver a qué altura llega —sugirió Brad.

Los de Tercero se pasaron la clase de Mates amontonando botellas y más botellas.

—Podríamos llamarlo el Monte de las Botellas.

—Mola —dijo Frank—. Parece un iglú gigante.

Cuando acabaron, el señor Todd les informó:

—Mañana es el gran día. Veremos el número total de botellas recogidas. Nuestra directora, la señora Tuxedo, comunicará al colegio el importe del dinero recaudado. ¡Ahora vamos a volver enseguida a clase para que nadie pierda el autobús!

—¡Mañana! —dijo Judy—. ¡Quedan veinticuatro horas!

Se moría de ganas de saber cuántos árboles podrían plantarse en el bosque tropical en nombre del colegio.

La enfermedad del guiño

Al bajar del autobús el viernes por la mañana, Judy y Rocky se encontraron con la señora Tuxedo a la puerta del colegio.

—¿Qué tal os va a los dos?

—Creo que bastante bien —respondió Judy.

—Hoy se sabe cuántos árboles vamos a plantar —dijo Rocky.

—Es verdad. Que paséis un buen día —y les guiñó un ojo.

Judy y Rocky se miraron, nunca habían visto a la directora guiñar un ojo a nadie en toda su vida.

Corrieron al salón de actos para volver a ver la montaña de botellas, pero las puertas estaban cerradas.

—¿Hace un bonito día, verdad? —les saludó el señor Todd cuando llegaron a clase. Y les guiñó un ojo.

Judy Moody no había oído al señor Todd decir la palabra «bonito» en toda su vida. Y desde luego, jamás le había visto guiñar un ojo.

—Aquí pasa algo —le comentó a Rocky.

Judy se sentó al lado de Frank.

—¿Sabes una cosa? Todos los profesores tienen hoy la enfermedad del guiño.

—¿La enfermedad del guiño?

—Sí, ya sabes, te guiñan el ojo y te dicen cosas bonitas.

Judy echó un vistazo a todos sus compañeros de ecosistema antes de que empezara la jornada. No faltaba ninguno. Todos y cada uno de ellos habían recogido botellas.

—A ver, todos —dijo el señor Todd encendiendo y apagando la luz para que le prestaran atención—. Avisos. Escuchad.

Judy Moody no pudo estarse quieta durante los avisos. Un frijol saltador se habría estado más quieto que ella.

—Y ahora —se oyó por la megafonía la voz de la señora Tuxedo—, el momento que estabais esperando...

Judy Moody se puso muy tiesa y aguzó las orejas.

—Como ya sabéis, la clase del señor Todd ha estado recogiendo botellas esta semana para recaudar fondos para plantar árboles en el Bosque Tropical de los Niños de Costa Rica en nombre de nuestro colegio, Virginia Dare. Gracias a la clase de Tercero se han recogido 1961 botellas. Eso significa que plantaremos noventa y ocho árboles para contribuir a salvar el bosque tropical.

¡Noventa y ocho! De pronto Judy se acordó de los dólares que les había dado su padre. Dos dólares más, dos árboles más. ¡Cien árboles! Todos dieron saltos de alegría, aplaudiendo, aullando y ululando como búhos.

—Nos gustaría expresar nuestro reconocimiento a los de Tercero en una asamblea especial hoy a las 2.30. Todo el colegio tendrá la oportunidad de aplaudirles y demostrarles que nos sentimos orgullosos por su trabajo y esfuerzo en pro de una buena causa. El almuerzo de hoy lo traerán de la pizzería —siguió la señora Tuxedo—. El lunes se empiezan a vender entradas para la fiesta del colegio. Y, por favor, Judy Moody, acuda a mi despacho.

—Vaya. Judy está en un apuro —dijo Jessica Finch.

—Nadie está en apuros —le aclaró el señor Todd—. Judy nos va a representar en la asamblea de hoy. Al fin y al cabo, nos hizo pensar en

los lápices y de ahí pasamos a plantar árboles en el bosque tropical. Judy, ve al despacho a ver qué quiere la señora Tuxedo.

Judy bajó deprisa pero sin correr por los grandes pasillos del colegio hasta el despacho de la directora. Le pareció que le guiñaban el ojo las máscaras de papel maché que había fuera de la clase. Y los retratos de los de Segundo, y los girasoles de los de Primero le parecían más tiesos.

La señora Tuxedo llevó a Judy al salón de actos. Le enseñó en qué lugar de la primera fila debía sentarse y cuándo debía subir al escenario.

—Cuando yo te llame, te daré una cosa para tu clase. Tú la aceptas y luego bajas a reunirse con tus compañeros.

—¿Es un diploma?

—¡Es una sorpresa! Será divertido. Ya lo verás —y le guiñó un ojo. Judy cayó en la cuenta del motivo de tanto guiño.

A las 2.25 la clase del señor Todd fue a todo correr al salón de actos. Judy se sentó en primera fila. La sala estaba en penumbra. Las cortinas se levantaron y la luz iluminaba sólo a la señora Tuxedo.

Todos aplaudieron.

—Chicas y chicos, nos hemos reunido hoy aquí para demostrar nuestro reconocimiento a la clase de Tercero. Han realizado un excelente trabajo de equipo en un proyecto de recogida de fondos para el Bosque Tropical de los Niños de Costa Rica. Gracias a ellos, se plantarán cien árboles en nombre del colegio Virginia Dare. Según Margaret Mead «un pequeño grupo de personas conscientes puede cambiar el mundo». ¡Gracias por contribuir a cambiar el mundo!

Todos dieron gritos de alegría y volvieron a aplaudir.

—Está con nosotros un representante del Departamento de Parques del condado. Han donado un cedro al colegio, igual que los del bosque tropical. El representante del Departamento ayudará, después de la asamblea, a la clase del señor Todd a plantar el árbol delante del colegio. Como prueba de nuestro reconocimiento, tengo aquí, para cada uno de

los alumnos de Tercero, una camiseta y un vale por un helado Niebla del Bosque Tropical gratis.

La señora Tuxedo levantó un sobre y una camiseta donde ponía CONVIERTE EL PLÁSTICO EN ÁRBOLES debajo de un árbol hecho de botellas.

Los compañeros de Judy volvieron a dar saltos y gritos de alegría. ¡Una camiseta con dibujo! ¡Y un vale por un helado! Salvar el mundo era mejor de lo que Judy se había imaginado.

—Hay una persona que ha demostrado ser buena amiga de todo el planeta y me gustaría que subiera al escenario. ¡Judy Moody!

Judy se volvió a mirar al señor Todd. Él le hizo gestos para que subiera al escenario.

La luz cayó directamente sobre ella, que procuró no cerrar los ojos. Miró a sus compañeros de clase que le habían ayudado a plantar árboles para salvar el bosque tropical. La saludaron con la mano.

La señora Tuxedo continuó.

—Es un premio que normalmente recae en un estudiante de Quinto, pero hoy creo que se lo merece la clase de Tercero.

«¡Un premio!», Judy se puso muy tiesa.

—La clase del señor Todd ha hecho una contribución que no sólo va a ser útil para nuestra ciudad, sino también para nuestro planeta, nuestro mundo. Amigos de Tercero, Judy, os entrego el premio que ganan quienes hacen algo sobresaliente: ¡el Premio Jirafa!

«¡El Jirafa!». Judy no se lo podía creer. Ni en sueños. Todo el mundo quería el Jirafa al llegar a Quinto. ¡Ella, Judy Moody, lo había conseguido en Tercero!

La señora Tuxedo le dio el trofeo de la jirafa de oro.

—¡Un fuerte aplauso para Tercero!

Entonces subieron al escenario todos los Jirafas de Tercero y se sacaron fotos agarrados de la mano con las camisetas nuevas de árboles

de botellas. Se oyó el chasquido de las cámaras, y los flashes lanzaron destellos. ¡Uno de los fotógrafos era el padre de Judy!

Se adelantó para abrazarla.

—He traído el coche. Creí que serviría para llevar las botellas a la planta de reciclado al salir de clase.

—¡Genial! —exclamó Judy.

—Estamos orgullosos de vosotros, chicos —dijo su padre—. De todos vosotros.

Judy sonrió, pero no como un tigre siberiano, sino con una sonrisa auténtica, de las que les gusta ver a los dentistas. Los de su clase se habían unido para hacer algo. Se iban a plantar cien árboles, como una tirita en el bosque tropical. Y ella, Judy Moody, había aportado su granito de arena para salvar el mundo.

Judy se puso en medio del ecosistema de Tercero. Sostuvo el trofeo en alto y estiró el cuello como una verdadera Jirafa.

@Created by [PDF to ePub](#)